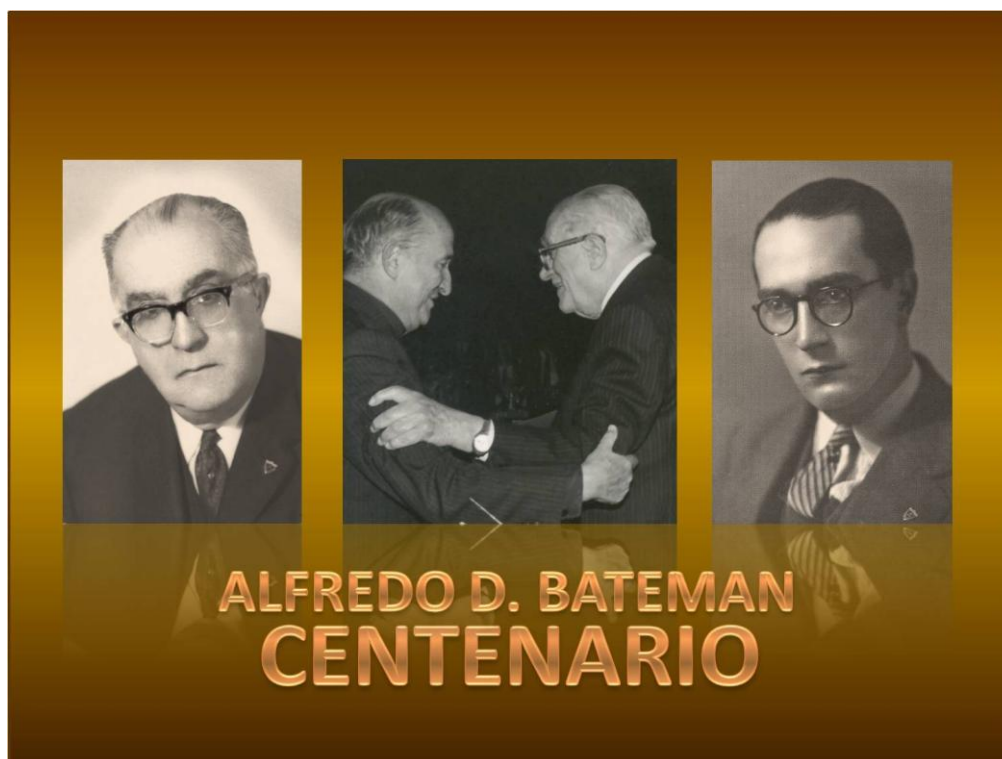


Elogio de don Alfredo D. Bateman

EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO



Carlos Julio Cuartas Chacón

Auditorio Félix Restrepo, S.J., Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá
29 de octubre de 2009

La fecha y el lugar escogidos para conmemorar el centenario del natalicio de Alfredo D. Bateman tienen una connotación especial, como tenía que ser en un acto convocado para rendir homenaje al hombre que a lo largo de su vida recordó a sus colegas y exaltó ante ellos, las figuras cimeras de su profesión, además de los valores que siempre deben acompañar sus ejecutorias. Lo hacemos porque creemos que ¡Nobleza obliga! Así se lo oímos decir, una y otra vez, al Padre Jorge Hoyos, S.J., recordado rector de esta Universidad. ¡Nobleza obliga!, porque como lo explica el escritor español Eugenio Blasco¹, debemos “ponernos delante el espejo de las gloriosas acciones de nuestros antepasados, para que no desmerezcamos de ellos y seamos dignos de llamarnos sus hijos”, sus discípulos y amigos, añadiría yo. Gracias Señor Decano por esta cita grata y por el encargo de llevar la palabra.

¹ García Remiro, José Luis, *Frases con historia*, Madrid, Alianza Editorial, S.A., 2004, p. 174.

No usaré ninguna ayuda audiovisual, precisamente para honrar al profesor que en clase, apenas armado de su voz y su memoria, con tiza en mano y tablero dispuesto, ejercía magistralmente la docencia. No haré una reseña biográfica del doctor Bateman ni un recuento de sus libros y trabajos, ni de los honores recibidos. Tampoco hablaré del amor a su familia, a doña Elena, su esposa, y a sus hijos. Haré su elogio explorando los cimientos sobre los cuales construyó un legado que permanece.

Sea lo primero recordar que hoy es 29 de octubre. Si buscamos en el libro *Páginas para la Historia de la Ingeniería Colombiana*, publicado por el doctor Bateman en 1972, en el capítulo titulado Efemérides encontramos tres entradas para esta fecha. En la primera de ellas, correspondiente al año 1816, leemos lo siguiente: “Es fusilado en Santafé el sabio Francisco José de Caldas”. En nota que aparece entre paréntesis advierte que “Investigaciones posteriores determinaron que la fecha real fue el 30 de octubre”. De manera que el 29 de octubre, por muchos años fue la fecha de conmemoración de la muerte de “la figura primigenia de la Ingeniería Colombiana”, del Coronel de Ingenieros que hace 200 años ejercía la cátedra en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y desempeñaba el cargo de Director del Observatorio Astronómico.

Para el doctor Bateman, Caldas fue sin duda uno de sus héroes. A él dedicó muchas horas de estudio. Inolvidables son sus relatos sobre la tumba de Caldas localizada gracias a felices e inesperadas coincidencias, apenas en 1904, según informe que el 29 de octubre de ese año recibió la Academia de Historia. Fue así como en la conmemoración del centenario de la muerte del sabio sus restos pudieron ser llevados en 1916, también un 29 de octubre, a la Catedral de Popayán, su ciudad natal. También el doctor Bateman nos contó sobre la defensa que ante el Gobierno de Ecuador tuvo que hacer en 1856 el Canciller de la República Lino de Pombo acerca del honor y la dignidad del sabio Caldas, agredido “en renglón difamatorio esculpido en monumento público” levantado en el país vecino. No podía ser otro el proceder de don Lino, quien recibió la noticia del fusilamiento de Caldas, su profesor y amigo, cuando contaba apenas con 19 años de edad. Pocos meses después sería desterrado a España, junto a su padre, por haber participado en el movimiento de independencia. Fue entonces cuando tuvo la oportunidad de hacer sus estudios de Ingeniería y convertirse en el primer colombiano acreditado en esta profesión.

Dicho esto, queda claro que no podía haber otra fecha mejor que ésta para conmemorar el centenario del natalicio del doctor Bateman. Su amistad con el sabio Caldas, sellada definitivamente con la biografía publicada hace 50 años con motivo de cincuentenario de la creación del Departamento de Caldas y editada nuevamente no hace mucho, fue ratificada con la Medalla Francisco José de Caldas, máximo galardón que concede la Sociedad Colombiana de Ingenieros, recibida por el doctor en 1985, con ocasión de las bodas de oro de ejercicio profesional.

Sí, fechas y efemérides fueron asuntos del Doctor Bateman. Para ilustrar esta faceta suya, que fue determinante en su vida, quisiera recordar en esta noche la proposición que en el IV Congreso Nacional de Ingeniería reunido en Bucaramanga en 1957, presentó acerca de la fecha que debería señalarse para conmemorar cada año el Día del Ingeniero. Sólo el Doctor Bateman podía hacer una proposición en este sentido, con una larga serie de consideraciones referidas a los antecedentes, la finalidad, las fechas posibles, las observaciones sobre las fechas indicadas y finalmente, el día propuesto. En este documento queda plenamente retratado el doctor Bateman.

La primera de las cinco alternativas que planteó fue el 15 de agosto, festividad de Nuestra Señora del Tránsito, en virtud de este nombre, asociado por una parte a vías y caminos, a la circulación, por otra, al instrumento básico de la topografía. Cabe anotar que para los jesuitas y sus allegados, esta festividad tiene especial relevancia porque la imagen de la Nuestra Señora del Tránsito, más conocida como Nuestra Señora del Camino, fue venerada en Roma por Ignacio de Loyola y hoy se conserva junto a su tumba en la Iglesia del Gesú. En cuanto a la fecha, el doctor Bateman encontró los siguientes inconvenientes: primero que “las autoridades de circulación la habían adoptado también con el mismo criterio propuesto, como fiesta de sus funcionarios y de sus actividades. Además, que la palabra *tránsito*, aunque muy conocida entre los Ingenieros, no era suficientemente explicativa para el público”.

Como segunda opción señaló “la fecha natalicia de alguna figura prominente del gremio, que hubiera tenido importancia nacional y que podía escogerse como símbolo de la profesión”. Sin embargo, pensaba el doctor Bateman que sería difícil tomar una decisión al respecto porque “afortunadamente en la historia de la Ingeniería Nacional figuran varios nombres prominentes”. La tercera fecha que indicó corresponde a “la iniciación de los estudios de Ingeniería en Colombia, que puede remontarse, -lo aclara él mismo-, a la fundación de la Escuela de Ingenieros Militares en Antioquia, llevada a cabo por el sabio Caldas, y que constituyó el primer intento de estudios técnicos en el país”. Esta opción, más adelante señala el doctor Bateman, “daría quizá lugar a una polémica de carácter histórico” debido a que “no está determinada con absoluta precisión”.

Otra alternativa que propuso fue el 29 de octubre, porque “recuerda dos hechos históricos: uno, en el año 1760, la llegada a Cartagena de don José Celestino Mutis, con lo cual se dio principio a los estudios científicos en Colombia; el otro, en el año 1816, el fusilamiento de Caldas, símbolo de la Ingeniería Nacional”. Por lo visto, hasta ese momento, no se tenía conocimiento de la discusión anotada sobre esta fecha. En relación con esta opción, el doctor Bateman advertiría “que parece inadecuado escoger el aniversario de la muerte de Caldas para dar lugar a actos sociales”.

La última fecha considerada fue el 29 de mayo, aniversario de la fundación de la Sociedad Colombiana de Ingenieros. También encontró un problema con esta fecha el doctor Bateman: que “cae en diferentes días de la semana, lo que podría hacer difícil el desarrollo de programas, en la forma aconsejada”, es decir, -como él mismo lo plantea-, “un acto de carácter social, donde haya intercambio de ideas, conocimiento mutuo y se pasen algunas horas de alegre camaradería”. Sobra anotar que los Ingenieros también somos expertos en esta materia.

Con base en esta interesante y detallada reflexión, el doctor Bateman concluye que es mejor celebrar el Día del Ingeniero “el último sábado de mayo”, que de todas formas se asociaría con el 29 de mayo. Su proposición, la número 28, por supuesto fue aprobada por el Congreso.

Ese era el doctor Bateman, el hombre que fue honrado en el XIX Congreso Nacional de Ingeniería, reunido en Popayán en 1988, pocos meses después de su muerte. En la proposición que entonces fue aprobada, se hizo mención de un hecho singular: el doctor Bateman había asistido a todos los Congresos Nacionales de Ingeniería, a los 18 convocados en el periplo de su vida, y por supuesto, su ausencia era profundamente lamentada en esa nueva cita de la Ingeniería Nacional.

En este contexto, hoy se nos impone recordar la voz del doctor Bateman. En un rápido recorrido por los hitos de su vida, a él lo encontramos en 1930, de 21 años de edad y cuando apenas era un estudiante universitario, escribiendo para *Anales de Ingeniería*, sobre el III centenario de la muerte de Kepler. Fue su primera colaboración para la revista que ocuparía lugar especial en sus afectos. Diez años después, en 1940, lo hallamos como miembro y secretario de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, hablando en el Cementerio Central, durante los funerales de uno de sus profesores más queridos, Ricardo Lleras Codazzi. Lo oiremos luego, como Presidente de la Sociedad en 1943, durante la inauguración del busto de Julio Garavito en la antigua sede de la corporación. Transcurridas dos décadas, en 1963, sus palabras serán registradas bajo la bóveda del Observatorio Astronómico de Bogotá, en la conmemoración de los 160 años de la fundación de esa emblemática institución. Y finalmente, en 1983, al benemérito profesor de 74 años lo escucharemos -ya en este tiempo estábamos a su lado-, en la Asociación de Ingenieros Javerianos, leyendo su escrito *Los primeros estudios de Ingeniería en Colombia*, texto que en este día, la Facultad de Ingeniería de la Universidad Javeriana ha querido entregar en edición de bolsillo, engalanando sus páginas con las imágenes de 8 protagonistas del relato presentado por el doctor Bateman, y por supuesto, con la del propio autor, tomada de una fotografía de 1943, que figura en la galería de los presidentes de la Sociedad Colombiana de Ingenieros.

Permítanme destacar el final de dicha conferencia, cuando el doctor Bateman luego de recorrer hechos y nombres, referidos en particular al Colegio Militar, la Universidad Nacional de Colombia, la Facultad de Minas de Medellín y la Universidad del Cauca, nos sorprende al decirnos sin mayor preámbulo lo siguiente: “Como los demás ensayos de escuelas de Ingeniería corresponden a este siglo, hemos completado el tema propuesto”, punto, como quien dice, este cuento se acabó. Así era el doctor Bateman, siempre con el punto final a la mano. El tiempo era algo que apreciaba y respetaba tanto que nos enseñó una hermosa frase que hemos repetido muchas veces: “La puntualidad es cortesía de reyes, deber de ciudadanos y costumbre de gentes educadas”.

No es necesario ir más allá para reconocer que el primer pilar en el legado del doctor Bateman fue la Historia, que en una fecha como el 29 de octubre pone de relieve la figura de Francisco José de Caldas.

Expuesto lo anterior, permítanme hacer ahora referencia al lugar en el que nos hallamos reunidos, el auditorio Félix Restrepo, S.J. Aquí el doctor Bateman recibió de manos del Padre Hoyos el diploma que la Facultad de Ingeniería expidió en 1987 para unirse a la conmemoración del centenario de *Anales de Ingeniería*. Pero hay algo más. El nombre del auditorio es el de un hombre destacado, el Padre Félix, Director de la Academia Colombiana de la Lengua en los últimos 10 años de su vida, uno de los grandes humanistas de nuestro país.

En 1926, en el acto de distribución de premios en el Colegio de San Bartolomé, leyó el Padre Félix un hermoso escrito titulado *Elogio del Hombre Culto*, cuya vigencia crece a medida que el tiempo pasa. En uno de sus apartes, afirma lo siguiente: “El hombre culto es el hombre de los grandes ideales y de las inagotables energías”. Y continúa:

Es el **artista** que lucha por la realización de las ideas que bullen en su mente. Es el **estudioso** que se engolfa en los más arduos problemas y no descansa hasta gritar con Arquímedes un triunfador Eureka. Es el **navegante** que rompe con la proa de sus naves los límites del mundo, y esperando contra toda esperanza y más poderoso que los elementos todos, merece al fin oír

con ánimo vibrante de emoción el grito salvador de ¡¡tierra!! Es el **genio** de la guerra que enfermo y vencido, sólo contesta a la pregunta del amigo: -¿Qué vas a hacer ahora? con una sola palabra: - ¡Vencer! Es el vigoroso **montañés** que hacha en mano entra en la selva y convierte en pocos años los silenciosos dominios del tigre y la serpiente en ricos campos y bulliciosas ciudades. Es el **héroe** del trabajo que saca de la nada fábricas que den al pueblo alimento y vestido, o altos hornos donde el hierro en líquido filón salga transformado y obediente, y se pliegue dócil a la voluntad de una nueva raza de cíclopes. Es el **apóstol**, de caridad más fuerte que la muerte, que desafía las tempestades, sufre hambres y fatigas, lucha en climas mortíferos, y con la poderosa palanca de su voluntad de acero logra vencer la inercia en que duermen los pueblos y encender la luz de la verdad en las más apartadas regiones.

Concluye así el Padre Félix esta preciosa relación: “Poder de entendimiento y poder de voluntad, ese es el hombre culto, ese es el genio del progreso”.

Cuando leyó estas palabras el Padre Félix, pocos meses después de finalizar el período presidencial de Pedro Nel Ospina, el primer Ingeniero que ejerció tan alta dignidad, el doctor Bateman era un muchacho de 17 años que concluía su 5° año de Bachillerato en el Instituto de La Salle, que reconocía entre propios y extraños esas personas que se ajustaban al perfil descrito por el insigne jesuita. Entre estos sobresalen dos parientes del doctor Bateman: el primero, Arturo Quijano Ibáñez, hermano de Blanca, su señora madre, abogado, miembro numerario de la Academia de Historia e integrante de la Gruta Simbólica; el otro fue Pedro María Ibáñez Tovar, hermano de Mercedes, su señora abuela, médico y artífice de la fundación de la misma Academia. En sus bibliotecas, la del tío y la del tío abuelo, el doctor Bateman se inició en el gusto por los libros y “por las cosas del pasado”, tal como lo confesó él mismo en 1968, cuando ocupó su lugar entre esos académicos.

Años después, en la Universidad Nacional de Colombia, claustro que encierra páginas gloriosas de la Historia Nacional, el doctor Bateman tendría el inmenso privilegio de acercarse a Ricardo Lleras Codazzi, -sabio como Caldas, en cierta forma, su heredero-, a Darío Roza, Jorge Acosta Villaveces, Julio Carrizosa Valenzuela, Vicente Pizano Restrepo, Jorge Álvarez Lleras, hombres cultos, todos ellos, académicos. Ciertamente Álvarez Lleras ejerció gran influencia en el doctor Bateman y seguramente colaboró en los vínculos que lo unirían al propio Padre Félix, ejemplo del hombre culto, rector de la Universidad Javeriana de 1941 a 1950.

A estas aulas llegó en 1957 el doctor Bateman, invitado por Vicente Pizano Restrepo, Decano fundador de la Facultad de Ingeniería Civil, antiguo Rector de la Universidad Nacional y expresidente de la Sociedad Colombiana de Ingenieros como lo era también el doctor Bateman. Entonces era Decano de la Facultad don Julio Carrizosa, quien fuera Rector de la Universidad Nacional cuando el doctor Bateman fue Decano de Ingeniería. Sin duda su vinculación a la Javeriana influyó en la relación que tuvo con los jesuitas Alberto Campillo, Carlos Ortiz, Jesús Emilio Ramírez, -estos dos, hombres de ciencia-, y por supuesto con el Padre Félix, quien en 1957 presentó su nombre a la Academia de la Lengua, donde ocuparía el sillón de Académico Numerario que había correspondido a Eduardo Santos.

Desde ese lugar, el doctor Bateman empuñó sus armas para “luchar porque el idioma castellano reflejara el adelanto técnico y científico, como otrora reflejara la edad de oro de las letras”. Con admirable dedicación asumió la secretaría de la Comisión de Vocabulario Técnico, creada por

iniciativa suya en 1961, grupo de trabajo que retomó las inquietudes que ya Álvarez Lleras había formulado al respecto. En 1987 la Comisión completó 500 sesiones, todas ellas coordinadas por el doctor Bateman. Entonces yo hacía parte de ella, delegado por la Sociedad Colombiana de Ingenieros, en decisión del Presidente Gonzalo Jiménez Escobar, que siempre he de agradecer. ¡Qué maravillosa experiencia! Lo que hacía la Comisión era sencillamente fascinante y lo podemos apreciar en los propósitos planteados por el doctor Bateman: primero, corregir deficiencias en materia científica en las definiciones del Diccionario, como por ejemplo, la de peralte, entonces referida solamente a los ferrocarriles; en segundo lugar, considerar “palabras de uso corriente en el lenguaje que no han tenido el honor de aparecer en esa publicación. Unas de pura raigambre castellana, otras que requieren su adaptación a nuestro idioma, como ocurre con *suiche* y *disel*”; y finalmente, eliminar “extranjerismos que tienen equivalente en castellano”, como el caso de guachimán, palabra correspondiente a celador o vigilante. Hace pocos días pensaba yo en la reacción del doctor Bateman ante la propuesta de sustituir el anglicismo *brunch* utilizado para la cita al final de la mañana en comedor o restaurante que ni es desayuno ni almuerzo, por un nuevo vocablo, «almueryuno», que en todo caso sería preferible a «desayuerzo». ¡La creatividad!

También debemos recordar, al hablar del interés que siempre tuvo por el idioma, el tema de la ortografía y el cuidado en la digitación, que por esos años era levantamiento de textos en máquinas de escribir, sin la ayuda impresionante que hoy ofrecen los computadores y que no logran compensar en muchos casos las deficiencias de su operador. Es de resaltar cómo al doctor Bateman no se le pasaba ni una coma en la revisión de los trabajos.

Pues bien, en un medio rodeado de gigantes que, según la figura inmortalizada por Newton, lo han sido precisamente porque prestaron sus hombros para que trepados sobre ellos pudieran ver más lejos los jóvenes que detrás venían, en ese medio surgió el hombre culto que fue Alfredo D. Bateman, amigo de la cortesía y gentileza, de la caballerosidad, palabras que hoy en día parecen caminar apresuradamente en el Diccionario con destino a la sección de términos en desuso.

Como en el primer caso, no es necesario profundizar en argumentos para señalar que el segundo pilar en que se asienta el legado del doctor Bateman es el Lenguaje, referencia que en este recinto que lleva el nombre del Padre Félix cobra especial significación.

Para concluir hagamos referencia breve a otro pilar, que se une a Historia y Lenguaje, y que ya se ha hecho evidente en lo expuesto en párrafos anteriores. Se trata de la Profesión. Indudablemente el legado «batemaniano» se apoya en el trinomio Historia, Lenguaje y Profesión. Así lo hizo notar con gran acierto el P. Manuel Briceño, S.J., amigo entrañable del doctor Bateman, su compañero en la Academia de la Lengua, cuando propuso el subtítulo para el libro en el que quisimos recoger algunos de sus escritos, con presentación del presidente de la República, Virgilio Barco Vargas, introducción del expresidente de la Sociedad Colombiana de Ingenieros Alfonso Dávila Ortiz, obra publicada por esta corporación en 1996, gracias a la gestión del presidente Hernando Monroy Valencia y a la colaboración que en su momento nos prestó Pepe Angulo, asesor de presidencia y años después, Presidente Honorario.

Sí, en el doctor Bateman se hizo palpable el amor a la Ingeniería, la profesión de su abuelo inglés, John Frederick Bateman, quien llegó a Colombia en 1870, de 23 años de edad, formó una familia con Carmen Ospina Guzmán y murió en Honda, la tierra natal de su esposa, en 1907. Debemos advertir que este Ingeniero llevó los mismos nombres y apellido ennoblecidos años atrás por otro súbdito británico que se destaca en el pasado del gran archipiélago. Ese amor a la Ingeniería del doctor Bateman puede rastrearse sin dificultad en asuntos de carácter histórico y disposiciones jurídicas, en labores gremiales y publicaciones, en la cátedra universitaria y la actividad de las academias, en el servicio público, sin olvidar que él no fue un hombre de ciencia, -él mismo lo advirtió-, “tan solo un soldado en la pléyade de ingenieros”.

A él rendimos homenaje en este día, recordando sus pasos en todo ceñidos al imperativo de Caldas: amen su profesión, háganla amar de sus conciudadanos. ¿Cómo? La indicación es clara: mediante una conducta que debe caracterizarse en primer lugar por la nobleza; también por la dulzura; y finalmente, por la virtud que consagra al hombre de bien. Solamente así, un ingeniero será grande, como lo fue Alfredo D. Bateman, artífice de un legado que conjuga Historia, Lenguaje y Profesión.